

PRÓLOGO

ALABAMA

HACE ONCE AÑOS...

La lluvia caía con furia, y fuertes ráfagas de aire aullaban entre los árboles, que se agitaban en la noche sombría. Corrí llena de agonía, segura de que mi corazón latía tan fuerte como los truenos que retumbaban en el cielo. Me quedé sin aliento cuando me resbalé en el suelo fangoso y caí hacia delante, aterrizando de golpe sobre las manos y las rodillas. Grité sin saber qué me dolía más, si la mente, el corazón o la carne desgarrada.

«¿Por qué me han hecho esto?».

Lloré con la cabeza inclinada y la mirada clavada en el suelo, abrumada por el dolor, por la traición... Pronto me levanté de nuevo, intentando ser fuerte. Me tambaleé hacia casa, que era una luz cálida justo al lado de la carretera. Me agarré a la barandilla de madera para impulsarme hacia arriba. Cuando abrí la puerta y entré, me detuve en seco. Miré a mi alrededor gimiendo. La sensación de pérdida era tan intensa como la tormenta que rugía fuera.

«¿Por qué me han hecho esto? ¿Por qué han sido tan crueles?».

Tuve que obligarme, pero me moví, pues sabía que no podía quedarme allí. Debía marcharme. Alejarme. Contuve los sollozos mientras me aferraba al pasamanos y subía, directa a mi habitación. Me dejé caer de rodillas en el suelo, aunque las tenía manchadas de barro y sangre, y saqué la maleta de debajo de la cama. Después me puse en pie y fui al armario.

Arranqué la ropa de las perchas con los ojos nublados por las lágrimas y lancé las prendas a la maleta. Mis movimientos se hicieron más frenéticos con cada minuto que pasaba. El impulso de escapar se había vuelto todavía más intenso cuando fui al tocador. Angustiada, arranqué los cajones de los rieles y los volqué en la maleta.

Y durante todo el tiempo, luché para reprimir los sollozos que pugnaban por salir de mi garganta. Para acallarlos. Para fingir que no había ocurrido nada. Para decirme que no era necesario esto.

Tiré de la cremallera con los dedos temblorosos.

—Rynna, ¿qué te pasa? —La voz, somnolienta y llena de preocupación, me llegó desde detrás de mi espalda. Aquella preocupación fue como un latigazo. Cerré los ojos y supe que las palabras me saldrían temblorosas.

—Lo siento, abuela, tengo que marcharme.

Oí cómo el suelo crujía bajo los pasos de mi abuela. Contuvo el aliento cuando me vio, sorprendida por mi aspecto maltrecho.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Le tembló la voz—. ¿Quién te ha hecho daño? Dímelo, Rynna. ¿Quién? No pienso tolerarlo.

Negué con la cabeza de forma enérgica mientras pensaba una mentira.

—Nadie. Es que... No puedo quedarme en este estúpido pueblo ni un segundo más. Voy a buscar a mamá.

Odié la mueca de agonía que apareció en la cara de mi abuela cuando mencioné a mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy.

Alargó la mano curtida para agarrarme el antebrazo.

—Pero... la graduación es el mes que viene. Tienes que pronunciar el discurso. Subir al escenario con tu toga y tu birrete. Jamás había visto a alguien tan entusiasmado con algo en toda mi vida. ¿De verdad vas a marcharte? Eras feliz como una perdiz, y ahora vas a huir asustada.

Las lágrimas me caían por las mejillas sucias, y me obligué a mirar a la mujer que lo significaba todo para mí.

—Abuela, solo puedo confiar en ti. Por eso tengo que marcharme. Dejemos así las cosas.

—Rynna, no permitiré que te vayas sin más —aseguró con una expresión de angustia en su rostro lleno de arrugas.

Alargó la mano y me secó la lágrima que se me escapaba del ojo. Incluyó la cabeza a un lado, y la misma sonrisa tierna, con la

que me había mirado por lo menos un millón de veces, se le insinuó en la comisura de los labios.

—Nunca lo olvides: «Si no te estás riendo, estás llorando». ¿Qué es lo que prefieres? —Hizo una pausa, pero no pude obligarme a responder—. Sécate las lágrimas y averigüémoslo, como hacemos siempre.

La tristeza creció hasta ser un propio ente en la diminuta habitación. Una pérdida. Un lamento. Un eco de cada aliento que mi abuela me había susurrado al oído.

—Abuela, no puedo quedarme. Por favor, no me pidas que lo haga.

Al oír mi súplica, mi abuela hizo una mueca. Me eché con rapidez hacia delante para besarla en la mejilla, inhalando el omnipresente aroma a vainilla y azúcar que quería grabarme en la memoria. Luego puse la maleta en la cama y fui hacia la puerta. Mi abuela se acercó y me rozó el brazo con la punta de los dedos.

—Rynna, no te vayas —suplicó—. Por favor, no me dejes así. No hay nada tan malo como para que no lo entienda. Podremos arreglar lo que sea.

No me detuve. No respondí.

Huí.

Y no miré atrás.

1

RYNNA

Las sombras caían sobre el parabrisas, intercaladas con los cegadores rayos de sol que ardían en el cielo cada vez que mi coche pasaba bajo el denso dosel de árboles que jalonaba la sinuosa carretera de dos carriles. Cuanto más cerca estaba, más fuerte me latía el corazón dentro de los confines del pecho, y más ronca era mi respiración. Agarré con fuerza el volante y miré el gastado cartel que había junto al arcén.

«Bienvenido a Gingham Lakes, Alabama, donde la hierba es más verde y la gente, más dulce».

La ansiedad se apoderó de mí.

Habían pasado once años y lo que parecía toda una vida desde que abandoné ese pequeño pueblo que no podía llegar a considerarse una población importante. Me había prometido a mí misma que jamás regresaría.

Pero ahí estaba.

Deseaba haber roto antes esa promesa; no en ese momento, cuando ya era demasiado tarde.

—Tierra llamando a Ryn.

Pegué un respingo cuando la voz resonó por los altavoces. Estaba ensimismada en mis pensamientos, y me parecía apropiado. Me había cuestionado mi cordura desde que había firmado en la línea punteada.

—¿Estás ahí o ya te he perdido en el Sur profundo? —preguntó Macy. Casi la veía arqueando una de sus cejas oscuras sin quitarme el ojo de encima—. Estás realmente dispuesta a romper mi frágil corazón, ¿verdad? —continuó—. Me has dejado sola a mi suerte. No tengo a nadie con quien salir los viernes por la noche ni que me haga los milagrosos desayunos reconstituyentes los sábados

por la mañana. Esto es una mierda. No te atrevas a destrozarme todavía más fingiendo que ni siquiera existo. Somos amigas para siempre, ¿recuerdas? No lo olvides nunca, o apareceré en tus sueños con el único propósito de darte una patada en tu flaco culo. Ah, y quiero recuperar los vaqueros negros. ¡Sé que me los has mangado! Llevo dos días buscándolos. Apuesto lo que sea a que los has escondido en el fondo de una de tus cajas.

—Ni se me ocurriría tal cosa —logré decir a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Tus vaqueros deben de estar debajo de tu cama, en ese desastre que llamas habitación. Eres peor que un niño de doce años.

Aunque estaba haciendo todo lo posible para insuflar ánimo a mi voz, no había forma de disimular mi pesar cuando doblé la curva y el pueblo apareció en el valle de abajo.

Gingham Lakes.

«¡Dios, es precioso!».

El valle era una amplia extensión verde, salpicada con abundantes y florecientes árboles. El enorme lago escondido en la base de la cordillera de montañas parecía un brillante espejismo en la lejanía y el río fluía sereno y tranquilo por el medio del pueblo, dividiéndolo en dos mitades.

En ese lugar residían mis mejores y mis peores recuerdos.

Solo una persona podría haberme convencido para que volviera: mi abuela.

Y lo había hecho de la forma más astuta posible.

—¡No me digas que ahora, que has atravesado todo el país para llegar ahí, estás llena de dudas! Pues te jodes, por no haberme permitido ir contigo. Actuaste como si yo fuera a ser una molestia en lugar de una ayuda. Y hubiera podido echarte una mano. Estoy segura de que soy el mejor apoyo de la historia de los apoyos.

—Y lo dice la chica que pensó que dejar caer una caja llena de vasos por un tramo de escaleras era mejor que arrastrarla.

Macy se rio por lo bajo.

—No te pongas celosa. La creatividad está muy presente en mi lista de habilidades.

—Te estarás refiriendo a crear desastres, ¿no?

Fingió un jadeo.

—Me ofendes. Incluso he hecho pizza sin prender fuego al apartamento.

—¿¡No!?! —dije.

—En serio.

Solté una risa a pesar de la opresión que sentía en el pecho.

—Mace, te voy a echar de menos.

En ese momento, San Francisco estaba a un millón de kilómetros. En otra galaxia. Me dirigía a una realidad completamente diferente.

Cayó sobre mí un sombrío silencio.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó bajando el tono—. Has dejado atrás una ciudad que adoras y un apartamento increíble en el centro. Has renunciado a un trabajo por el que cualquiera mataría. ¡Demonios!, estabas a punto de formar parte de la cúpula directiva. Y lo peor de todo, ¡me has abandonado!

El corazón se me encogió mientras luchaba contra el impulso de dar la vuelta para regresar a San Francisco. Ya no era la chica rota que se había marchado de Gingham Lakes hacía once años. Era fuerte, y no estaba huyendo de nada.

—Sabes por qué tengo que hacerlo.

—Lo sé. Y también soy consciente de lo difícil que te resulta.

El dolor era casi físico, pero también era el complemento perfecto para la determinación que me impulsaba, firme como el acero.

—Lo es, pero necesito hacer esto por ella casi tanto como por mí.

—Esta ciudad no será lo mismo sin ti, Ryn. —Solo había visto llorar a Macy una vez en todos los años que había vivido con ella. Sabía que trataba de contenerse. Aun así, sus suaves sonidos se filtraron por la línea, conmoviéndome a pesar de los kilómetros que nos separaban.

Apreté la mano contra la boca para intentar mantener a raya el revoltijo de emociones que me hacían estremecer.

—Vas a venir a visitarme.

Soltó una carcajada acuosa.

—¡Ni hablar! Ahí abajo hay caimanes. Si uno de ellos echara un vistazo a mi exuberante, curvilínea y deliciosa carne, invitaría a todos los demás a darse un festín.

Quise decirle que yo también estaba muy exuberante cuando me marché de este lugar. Que los caimanes eran la menor de sus preocupaciones. Pero me callé y mantuve a raya todas esas viejas inseguridades. Debían seguir enterradas en el pasado, donde pertenecían.

—¿Y no vale la pena correr el riesgo por mí? —respondí.

Soltó un sollozo, y hubiera jurado que casi podía ver su sonrisa.

—Sí, Ryn, por ti valdría la pena.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta mientras bajaba la velocidad para tomar otra curva cerrada. No pude dejar de preguntarme cómo iba a enfrentarme a lo que me esperaba.

—Por supuesto. Estoy entrando en el pueblo.

—Buena suerte, nena. Lo conseguirás. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, aunque voy a echarte mucho de menos.

—Gracias, Mace —dije.

Definitivamente iba a necesitarla.

2

REX

Puse los ojos en blanco al detenerme bruscamente ante su puerta.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres ponerte? —Me pasé la mano por el pelo, notando la humedad de los mechones, y me obligué a mantener el pánico a buen recaudo. Sinceramente, no sabía si quería reírme o dejarme caer al suelo y llorar.

Así era mi vida.

Ya llegábamos diez minutos tarde, y allí estaba ella, en su habitación, con un tutú rosa por encima del bañador.

—¡Claro! Debemos ir guapas para bailar. Annie nos ha dicho que los mejores bailarines usan calcetines, y que su madre se los ha comprado de todos los colores. Como un arcoíris —divagó mientras se ponía las Converse negras que me había convencido que le comprara en el centro comercial el fin de semana pasado encima de unos viejos calcetines muy altos que debía de haber encontrado en uno de mis cajones, unos con dos rayas azules en el puño que tendría que haber quemado hacía años—. Así que te los he cogido... —Se balanceó sobre los talones mientras se inclinaba para admirar su obra.

De repente, me miró con esa sonrisa que formaba un cráter en la piedra que rodeaba mi corazón. Le faltaba un diente de los de abajo, y se había intentado hacer un moño que parecía que había atravesado una tormenta, pero, aun así, era la imagen más bonita que había visto en mi vida.

—Soy la mejor bailarina, ¿verdad, papá?

—Eres la mejor bailarina del mundo, garbancito, y la más guapa.

Aunque apostaba algo a que esa fría zorra que era la señora Jezlyn no iba a estar de acuerdo. Ya había recibido una puta nota sobre cuál era la «vestimenta apropiada para ballet» que incluía estrictamente unos leotardos negros con medias de color salmón —fuera el que fuera— sin carreras. Al parecer, Frankie no cumplía esos estándares.

Pero ese era el resultado de haber recogido tarde a mi hija en casa de mi madre y, al volver a casa, decirle que se preparara ella sola mientras me daba una ducha rápida. Había estado trabajando todo el día, por lo que había llegado empapado en sudor, lleno de grasa y mugre, y quería dar la mejor imagen posible. El problema era que estaba empezando a darme cuenta de que mi mejor imagen podría no ser suficiente.

Apreté las palmas de las manos en una especie de ruego, pero luego las separé con un suspiro, resignado.

—Entonces, de acuerdo. Tenemos que irnos antes de que te metas en más problemas.

Frankie dio un salto con las manos en el aire y aterrizó sobre los pies.

—¡Lista!

Me reí por lo bajo mientras cogía su mochila de ballet del banco rosa que había en su habitación. Me la colgué al hombro y le tendí la mano.

—Vamos, mi pequeña bailarina.

Se acercó a mí riéndose y puso su mano diminuta y vulnerable en la mía, que resultaba enorme por el contraste. Cuando salimos por la puerta, ella iba dando saltitos a mi lado mientras recorríamos el pasillo.

Llena de inocencia.

Su alegría me iluminaba por dentro. Estaba seguro de que toda su ternura tenía el poder de hacer retroceder la ennegrecida amargura que se acumulaba alrededor de mi corazón; pues cuando mi niña estaba cerca, no me pesaba en el pecho.

El día que nació, me había hecho un juramento: jamás permitiría que este mundo cruel la destrozara. Me negaba a dejar que la manchara como a mí.

Y había dedicado mi vida a protegerla.

Cuando cogí las llaves del buró que había en la entrada, escuché el sonido de una puerta cerrándose de golpe en algún lugar cercano. Fruncí el ceño mientras me echaba hacia atrás para echar un vistazo al otro lado de la calle por la ventana. Había un viejo *jeep* Grand Cherokee de color blanco aparcado en el camino de entrada a la casa de la señora Dayne.

Supuse que por fin habían puesto el lugar en venta. La señora Dayne había vivido allí toda su vida, desde mucho antes de que

nos mudáramos enfrente, hacía ya cinco años, pero la casa llevaba dos meses vacía.

Se me encogió el corazón como resultado de una pena que, realmente, no podía permitirme sentir. La mujer había sido tan amable con Frankie que me había resultado imposible mantenerme frío con ella. ¡Joder!, se había pasado el tiempo irrumpiendo en nuestra vida como si se supusiera que era su misión, trayéndonos constantemente la cena o los deliciosos pasteles que ofrecía en el *diner* que tenía en el centro del pueblo.

Frankie salió corriendo por la puerta y fue hacia la terraza que tenía nuestra casa a un lado. Todas las casas del barrio eran iguales. Se elevaban sobre el terreno, pero la puerta principal, en lugar de estar delante, se hallaba a un lado. Cada edificación tenía una terraza que se extendía por la fachada lateral de la casa, desde la que se podían ver la calle y las casas de los vecinos. Los escalones del porche formaban un ángulo en esa dirección, pues conducían a los caminos de entrada que llegaban hasta la parte de atrás de las casas.

Seguramente la imagen general sería muy extraña si no fuera por los grandes y frondosos árboles, que delimitaban cada manzana. Hacían que cada una de las casas fuera acogedora y se mantuviera aislada. Justo como a mí me gustaba. Esa había sido una de las principales razones por las que me había decidido por este lugar cuando estaba buscando una casa que renovar.

Frankie me soltó la mano y señaló al otro lado de la calle.

—¡Mira, papá! ¡Hay alguien en casa de la señora Dayne!

Al salir detrás de ella, cerré la puerta antes de intentar domar algunos mechones que se le habían soltado del moño y que ahora volaban alrededor de su cara con la cálida brisa. La besé en la frente.

—Es probable que sea un agente inmobiliario para ponerla en venta, Frankie Leigh. ¿Recuerdas que te conté algo al respecto?

Inclinó la cabeza hacia atrás y me miró con una expresión de confusión y esperanza en sus ojos castaños.

—¿Se ha ido al cielo?

—Sí —murmuré en voz baja.

La puerta mosquitera de la casa de la señora Dayne se cerró de golpe, lo que hizo que levantara la cabeza. Me encontré con una

mujer que cruzaba la pequeña terraza y bajaba los escalones hacia el todoterreno.

«¡Joder!».

Quizá solo había sido por la sorpresa, pero al mirarla, me había quedado sin aire en los pulmones. Podría decirse que no estaba preparado para encontrarme con una mujer con ese aspecto. Supongo que esperaba a alguien distinto. Más mayor. Pero allí estaba esa chica, desaliñada de una forma que resultaba sexy y casual. Tenía recogida en lo alto de la cabeza una espesa melena más salvaje todavía que la de Frankie, y algunos rizos sueltos le caían sobre los hombros. Llevaba un top blanco muy ceñido que se perdía por debajo de los vaqueros de cintura alta.

Aquellos pantalones habrían debido hacer que su aspecto resultara desarreglado, pero en cambio solo consiguieron que un ramalazo de lujuria recorriera mis venas hasta mi polla. Era el tipo de mujer que podía conseguir que un hombre hecho y derecho se cayera de culo.

Impresionante.

Preciosa.

Demasiado sexy para su propio bien.

O quizá para el mío.

Podría considerarla una complicación de la que quería abstenerme durante mucho tiempo, pero si de algo estaba seguro era de que ninguna mujer me había provocado una reacción así después de haberle echado solo un vistazo.

Vi cómo se pasaba el brazo por la frente perlada de sudor mientras iba hacia el maletero del todoterreno, abarrotado con cajas de cartón. No me habría importado nada que hubiera estado retirando las cosas de la casa, pero tuve el horrible presentimiento de que, por el contrario, estaba metiendo sus pertenencias en el interior.

«Por favor, que esta chica no se esté mudando a la casa de al lado».

Apreté los dientes y cogí a Frankie de la mano; necesitaba irme de allí ya.

—Venga, Frankie Leigh, tenemos que marcharnos o llegará tarde.

Pero Frankie ya avanzaba, saltando por las escaleras y la pasarela mientras agitaba la mano en el aire. La niña solo hacía que los brillantes rayos de sol parecieran todavía más intensos.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Soy Frankie. ¿Quién eres tú? —gritó al otro lado de la calle.

Sorprendida, la mujer clavó la vista en nuestra dirección, y sus pasos se hicieron más lentos al ver a mi hija. Una sonrisa de diversión curvó sus labios rosados cuando observó el ridículo atuendo que había elegido Frankie. Pareció vacilar unos segundos, mirando a su alrededor como si estuviera buscando algo antes de cambiar de idea y acercarse a nosotros.

—Hola, Frankie, soy Corinne Dayne, pero todos me llaman Rynna. «Rynna Dayne».

«¿Qué demonios...?».

Casi podía sentir la desconcertada emoción de mi hija mientras yo estaba allí, maldiciendo para mis adentros con todas mis fuerzas.

—¿Tú también te llamas Corinne? Así se llamaba la señora Dayne. Trabajaba en el *diner*, Pepper's Pies, y hacía todas las tartas. Mi padre se las comía todas, todas, hasta la última miga. A veces teníamos que ir a comer allí, pero casi siempre lo hacíamos en casa. Ahora está en el cielo.

Un rayo de tristeza atravesó la expresión de la joven, y, ¡joder!, hasta yo mismo sentí su pena. Aun así, su sonrisa se hizo más grande.

—Hacía las mejores tartas del mundo, ¿verdad?

La emoción de Frankie se hizo más intensa.

—¡Sí! ¿Tú también conocías a la señora Dayne?

Rynna empezó a cruzar la calle, con aquella peculiar melena castaña, los ojos color verde jade y un cuerpo hecho para tentar. Aquella certeza hizo que me bajara un rayo acerado por la columna, y di un paso atrás, tensando la mandíbula al tiempo que cogía la mano de mi hija en un gesto protector.

Porque eso eran todas las mujeres.

Una tentación.

Un problema.

La jodida fruta prohibida.

Al final solo servían para condenarte. Así que me mantenía alejado. Guardaba las distancias. Si no me acercaba al fuego, no me quemaría.

Ella se agachó delante de mi hija y le tendió la mano.

—Es un placer conocerte, Frankie. Parece que eras amiga de mi abuela.

Pues sí.

Ya lo sabía.

Eso no impidió que me estremeciera.

A Frankie la brillaron los ojos como estrellas cuando le estrechó la mano con entusiasmo. Por la cara que ponía, era como si estuviera conociendo a Taylor Swift.

—Me decía que yo era su mejor amiga y, a veces, incluso me dejaba ir a su casa a hacer pasteles.

—¿En serio? —preguntó Rynna en tono divertido.

—Sí.

Rynna se inclinó hacia delante, haciendo que me envolviera su aroma a dulce.

—¿Te cuento un secreto? —susurró.

Frankie dio saltitos en el sitio.

—¡Oh, sí! ¡Sí, por favor! ¡Me encantan los secretos! Y no se lo contaré a nadie...

Una suave sonrisa flotó en la boca de Rynna, unos labios que cada vez me resultaban más difíciles de mirar de tan exuberantes, rosados y hechos para besar que parecían.

—Bueno, pues esto es un secreto, pero espero que se lo cuentes a todo el mundo, porque, ¿sabes qué?: tengo las recetas de algunas de las tartas que hacía mi abuela.

Frankie la miró boquiabierta, y, para mi estupefacción, me gruñó el estómago.

—¿Me los harás? —preguntó mi hija, emocionada.

—Sin duda —dijo Rynna, que aprovechó ese momento para mirarme con una sonrisa en su precioso rostro, donde lo único afilado era el ángulo de su mandíbula.

Y aquel dulce aroma estaba de vuelta. Flotaba en la brisa. La envolvía como el calor. Tarta de cereza recién hecha.

Apreté los dientes, y la sonrisa desapareció de sus labios cuando vio lo que debía haber sido una expresión de irritación en mi cara. De hecho, hubiera jurado que contuvo el aliento cuando nuestros ojos se encontraron. Noté que tragaba saliva mientras se enderezaba y daba un paso atrás. Aun así, se mantuvo firme.

Esa joven poseía un matiz inquebrantable. Como si tuviera algo que demostrar. No supe muy bien si a mí o a ella misma.

—Hola. Soy Rynna Dayne. Me llamaron así por mi abuela —logró decir, aunque las palabras sonaron secas mientras me tendía su mano como había hecho antes con mi hija.

Me quedé mirando sus dedos como si pudieran inocularme veneno como una mordedura de víbora. Por fin, levanté la barbilla hacia ella y me obligué a ser lo más amable posible, que no era mucho.

—Rex Gunner. Lamento lo de tu abuela. Y vamos a llegar tarde... , así que, si nos disculpas... —Tiré de la mano de Frankie—. Venga, Frankie Leigh, tenemos que irnos o llegarás tarde a bailar.

Frankie trotó a mi lado, mirando a Rynna por encima del hombro con lo que yo sabía que tenía que ser una de sus adorables sonrisas.

—¡Menudo idiota! —oí que mascullaba Rynna a mi espalda cuando yo daba la vuelta para llevar a mi hija al lado del copiloto de la *pickup*.

Sentí un atisbo de amargura.

Sí.

Era un idiota.

Un gilipollas.

Lo que fuera.

Pero era mejor quemar los puentes para que nadie tuviera la oportunidad de cruzarlos.

Moví la cabeza para alejar aquellos pensamientos y subí a Frankie a la cabina, haciendo que chillara al fingir que estaba volando. Le aseguré el cinturón y rodeé el vehículo para sentarme detrás del volante. Me pregunté si era posible que el rugido del motor me hiciera olvidar el dolor que parecía pesar sobre los hombros de Rynna mientras salía a la calle.

Me pregunté por qué me sentía una mierda al mirarla por el espejo retrovisor. Sencillamente se quedó allí, perfilada contra la luz del crepúsculo como si fuera producto de un sueño. Observando con expresión de decepción cómo nos alejábamos.

Entablar amistad con una dulce anciana era una cosa. Permitir que una joven como Rynna Dayne entrara en nuestras vidas —una chica que hacía que mi cuerpo reaccionara de la manera en que lo había hecho— era una auténtica estupidez.

3

RYNNA

«¿Por qué estoy haciendo esto?».

La ansiedad erizó todas mis terminaciones nerviosas mientras esperaba a que se encendiera el portátil. Lo cierto era que no lo sabía. Me conecté a Internet e inicié sesión en Facebook. Me sentía como siempre que me sentaba allí detrás, con el icono girando en la pantalla, como si se iluminara una ventana al pasado. Casi podía percibir cómo alargaba los dedos para tocarme. Para molestarme con el control que había tenido sobre mí durante tanto tiempo.

Demasiado.

Escribí el nombre en la barra de búsqueda con dedos temblorosos. Era algo que había intentado al menos veinte veces antes de emprender el viaje de vuelta a casa, pero nunca había conseguido presionar la tecla *enter*.

Hoy lo hice.

Ella aparecía en la tercera hilera. En una imagen granulada, apenas distinguible. Pero sabía que era ella.

«Misuri».

Vivía en Misuri.

Cerré el portátil. Eso era lo único que quería saber.

Mientras no estuviera allí, no me importaría seguir en el pueblo.

—Dime que me echas muchísimo de menos.

Volví descalza a la cocina mientras me reía por lo bajo. Sostuve el móvil entre la oreja y el hombro para poder desempaquetar los pocos artículos que había traído conmigo. No lo había necesitado, dado que mi abuela me había dejado todos los suyos.

—Muchísimo —le dije a Macy, dejando salir un tono de broma mientras me ponía de puntillas para colocar mi taza favorita de Navidad en una de las alacenas de arriba.

—Mmm... Pues es raro, porque yo ni siquiera me he dado cuenta de que te has marchado —repuso sin modulación en la voz.

—Me lo dice la chica que me ha llamado hoy diez veces —irónicamente.

Soltó una risita.

—Vale, vale, es posible que te añore un poco. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro antes de seguir—. Es que creo que el apartamento está embrujado.

—¿Que el apartamento está embrujado? ¿Ha ocurrido algo que no me has contado en los tres últimos días? —No pude reprimir el escepticismo.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Una fantasma me ha estado acechando y, en cuanto percibió tu ausencia, apareció para ocupar tu lugar.

—Sabes que estás siendo ridícula, ¿verdad?

—Precisamente esa es una de las razones por las que me adoras. Era cierto. ¿Cómo iba a vivir sin verla todos los días?

—Venga, sé sincera, Ryn. ¿Qué tal ahí sola? ¿No te resulta raro vivir sola en una casa vieja? Aquí todo es muy extraño sin ti.

Me dediqué a mirar mi anticuado entorno: el suelo de linóleo, los armarios de principios de los 80, las encimeras de formica beis, que resultaban lúgubres después de haberse desteñido hasta adquirir un tono amarillo desvaído. La decoración consistía principalmente en las baratijas que mi abuela había coleccionado a lo largo de los años, y, en la pequeña mesa redonda, seguían estando los salvamanteles de flores que recordaba de mi infancia.

Era como si llevaran esperándome todo este tiempo. No había cambiado casi nada desde que me fui, hacía once años.

La casa necesitaba reformas. Pero eso sería cuando —o más bien si— hubiera ahorrado el dinero para ello. Sinceramente, todavía no sabía cómo iba a poder mantener todos estos hilos deshilachados, si podría quedarme aquí y hacerme cargo del control donde lo había dejado mi abuela. Si tenía lo que se necesitaba para revivir todo lo que ella había construido.

Pero cuando respiraba hondo, casi podía oler el persistente aroma a azúcar dorado al horno. Cuando me concentraba lo suficiente, casi podía saborear las cerezas agrias y la corteza dulce que

se me derretía en la lengua. Cuando escuchaba atentamente, estaba segura de estar oyendo su voz resonando en las paredes.

—¿Sinceramente?

—Sí —repuso Macy.

Una vieja calidez me rodeaba, mezclada, eso sí, con las reservas y el miedo que me han mantenido alejada durante tantos años.

—Me siento en casa. Como si nunca me hubiera marchado. Como si pudiera atravesar la puerta de la cocina y encontrarme a mi abuela aquí de pie, sacando una fuente del horno con la cena. —Me tragué el nudo que me obstruía la garganta al notar la pérdida de su presencia—. Ojalá hubiera regresado antes. Antes de que fuera demasiado tarde...

Noté una opresión en el pecho al recordar la llamada telefónica que había recibido dos meses antes. Al otro lado de la línea había estado una asistente social para comunicarme que mi abuela había sufrido un infarto fulminante mientras conducía el coche, que aunque las emergencias habían llegado enseguida, no habían podido hacer nada. Había muerto antes de llegar al hospital.

—No puedes sentirte culpable, Ryn. —La voz de Macy destilaba sinceridad—. Incluso aunque no supiera la razón, creo que al menos entendió por qué te marchaste.

—Entonces, ¿por qué me parece una excusa patética?

—Es posible que no tuviera la suerte de conocer a tu abuela en persona, pero durante el tiempo que compartimos apartamento, no recuerdo un solo día en el que no hablaras de ella. Quizá las circunstancias eran una mierda, pero te aseguro que ella sabía lo que la querías. ¿Quieres saber por qué ahora te parece una excusa patética? Porque has avanzado. Porque no eres la misma. Ya no eres la misma chica tímida e insegura que respondió al anuncio que había puesto para encontrar una compañera hace once años. Has madurado, eres distinta. Tu abuela lo entendía porque era una mujer inteligente.

Solté el aire lentamente.

—Lo sé. Es que... Ojalá hubiera vuelto antes de que fuera demasiado tarde.

Ojalá me hubiera dicho que estaba enferma. Ojalá nos quedara tiempo. Pero imaginé que las mujeres Dayne éramos cercas a nuestra manera.

—Estoy segura de que tu abuela no lo veía así. Y esa es la razón de que estés ahí ahora.

Me tragué la emoción como pude.

—Gracias, Mace —dije con la voz entrecortada—. Necesitaba escuchar eso.

Chasqueó la lengua.

—Claro que sí. Y para eso estoy yo.

Oí un crujido en el otro extremo de la línea y supe que su estado de ánimo estaba dando un vuelco mientras se acomodaba en el lujoso sofá del salón. Casi la veía con un vaso de vino en la mano.

—Dime, ¿qué tal está siendo el regreso a Gingham Lakes hasta el momento? ¿Has visto a alguien conocido? —Su voz se hizo burlesca—. Dime que has descubierto que esa zorra se hundió en el lago y no volvió a asomar la nariz. O que se fue en una curva cerrada un día que conducía demasiado rápido. ¿Con qué te quedas?

Me reí por lo bajo.

—Mace, eres horrible.

—Bah... No me digas que no te lo has imaginado ya mil veces.

—Vale, vale, quizá me he imaginado su desaparición un par de veces.

Cada vez que cerraba los ojos durante los dos años siguientes a que ocurriera aquello me había preguntado qué habría pasado si hubiera podido retroceder en el tiempo para cambiar las cosas. ¿Qué tenía yo para que se ensañara conmigo de esa manera? ¿Se habría llegado a enterar de lo mucho que me había dolido lo que había planeado?

Los viejos recuerdos conseguían que se me revoliera el estómago. Los ecos de su malvada y depravada risa inundaron mis oídos mientras volví a ver su imagen, de pie delante de mí como si no le importara nada estar destruyendo mi mundo. Como si aplastarme solo hubiera sido un entretenimiento para ella.

—No. No la he visto. Se mudó a Misuri.

—¿Lo has buscado? —preguntó Macy sorprendida.

—Es que... tuve que hacerlo...

El silencio inundó el espacio.

—Lo entiendo —reconoció finalmente.

Me incliné hacia delante para sacar la cafetera de la caja y suspiré.

—Y para responder a tu pregunta, no. No he visto a nadie conocido. Mi abuela tenía razón: el pueblo ha crecido mucho desde que me fui. No está lleno de caras familiares como antes. Esta tarde me he detenido en el supermercado y no conocía a nadie.

—¿Eso es bueno o malo?

Suspiré.

—No lo sé... Un poco de cada, supongo. —Me encantaba conocer a todo el mundo. Ir al *diner*, ver a la gente y saber quién era cada uno. Me hacía sentir segura. Pero después de lo ocurrido, de los rumores... —Apreté los labios—. Es agradable estar en un lugar que adoro y poder hacer borrón y cuenta nueva. Es como si fuera una segunda oportunidad.

Ojalá siguiera siendo de esa manera.

—Bueno, ya que no has visto caras familiares, dime al menos que algunas te derriten. Sabes que estoy aquí ansiosa, esperando a que te roben el corazón. Saber que tienes algún objetivo aliviaría un poco mi preocupación por ti.

Solté un bufido; Macy era incorregible.

—Oh, hay un bombón suelto..., pero no me va a robar el corazón.

En ese momento, escuché el ronco retumbar de un potente motor que se acercaba cada vez más. Por supuesto... Mi abuela siempre me había dicho que lo único que necesitaba para que apareciera el diablo era hablar de él. En el encuentro que había tenido con él esa mañana, había habido algo que me había dejado inquieta. Aquel guapo desconocido tenía un no sé qué que me hacía sentir curiosidad e intranquilidad a la vez.

Había despertado mi interés.

Ese hombre era una paradoja.

Duro, quebradizo y frío.

Sin embargo, había sido supertierno con la niña, y ella le había aferrado la mano como si él fuera el centro de su universo.

No pude evitar acercarme a la ventana, aunque me quedé a un lado, fuera de la vista. Entonces, aparté el borde de la cortina para echar un vistazo. Los faros iluminaron la noche, y mi estúpido corazón latió más deprisa. La intriga hizo que el palpitar de mi pulso retumbara como un trueno. Era la misma atracción feroz que había sentido el día anterior cuando levanté la mirada y lo vi cerniéndose

sobre mí, algo que me había hecho sentir un vuelco en el corazón. El nerviosismo que me había seguido hasta Gingham Lakes tomó una nueva forma.

Los faros se volvieron más brillantes e iluminaron el espacio entre nuestras casas antes de que la gigantesca *pickup* redujera la velocidad y girara hacia el camino de entrada al otro lado de la calle.

—Oh, oh, oh, cuéntame eso... Alguien suena compungida e... interesada.

—Ya sabes la suerte que tengo cuando se trata de hombres. —Siempre me fijaba en los que no me convenían—. No debería sorprenderte que mi vecino sea... muy guapo.

—¿«Muy guapo»? —repitió Macy con un chillido mientras yo miraba cómo Rex bajaba de la *pickup* para acercarse al asiento trasero. Un delicioso metro noventa iluminado por la luz de la luna.

—Como un dios griego, pero con un martillo en la mano.

Noté que Macy hacía ruido con los pies contra el suelo.

—¿Y eso es malo?

—Estoy segura de que él preferiría arrastrarme al lago y ahogarme en vez de permitir que viva enfrente de ellos.

—¿Ellos?

—También he conocido a su hija. Al menos a ella le ha hecho ilusión verme.

Reprimí la risa al recordar cómo había salido corriendo de su casa. Esa niña era un imán andante para los problemas con aquel tutú rosa y los horribles calcetines que debía de haberle robado a su padre. Era un paquete de vitalidad e inocencia.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Macy con falsa preocupación en tono burlón—. Dime que no te has colgado por el vecino casado. Eso estaría muy mal, Ryn.

En la noche clara, observé cómo Rex sacaba a Frankie, dormida, del asiento trasero y la acomodaba en sus brazos para que descansara la cabeza en su hombro. Luego le pasó la mano por la nuca y le dio un beso en la sien.

Aquella imagen era contradictoria con la hostilidad que me había mostrado antes, e hizo crecer la curiosidad que sentía por él. Noté que se me secaba la boca mientras lo miraba recorrer el camino de acceso hasta la casa.

Quizá lo que más me impactaba era que percibía algo triste en él. Una parte indefensa y asustada de su ser, que intentaba ocultar debajo de una imagen dura y borde. Que lo hacía parecer amargado y roto.

—Creo que no hay esposa —le susurré a Macy en cuanto llegué a la conclusión.

—Entonces, ¿crees que... es un padre soltero?

—Quizá —musité mientras miraba en la noche, bebiendo la forma en la que subía los escalones con sus largas piernas y cruzaba la puerta de su casa con la pequeña bailarina dormida—. Creo que sí. No estoy segura.

¿Por qué tenía tantas ganas de saberlo?

—¿Por qué me hablas en voz baja? —susurró Macy.

Me mordí el labio inferior mientras un silencio culpable flotaba en la habitación. Solo se vio roto por la risa de Macy.

—¡Dios! Estás espiándolo ahora mismo, ¿verdad?

—¡Cállate! —advertí mientras dejaba caer la cortina para continuar desempaquetando mis pertenencias.

—Alguien se ha enamorado... —canturreó.

—Para...

No lo estaba espiando, y ni siquiera me caía bien.

Acababa de conocerlos, y lo peor que podía hacer era mezclarme con el hombre enfadado con el mundo que vivía al otro lado de la calle con su dulce y adorable hija, que al parecer era una gran admiradora de mi abuela. Evidentemente la niña tenía buen gusto.

Pero ¿y el padre? Era evidente que cargaba un peso sobre sus hombros, y yo ya tenía bastante de qué preocuparme sin pensar en los matices de tristeza que asomaban desde el fondo de sus ojos.

Unos ojos del color de la salvia. Bordeados en un gris más oscuro.

No, no estaba recordando aquellos labios suaves, llenos, apenas ocultos por la barba incipiente que le cubría la fuerte mandíbula. Y, definitivamente, no había percibido sus manos grandes ni la fuerza de sus brazos musculosos y muy bronceados.

No.

De eso nada.

Un tipo que llevaba el dolor escrito en el corazón.
Y yo ya había tenido suficiente de eso para toda la vida.

El sonido de la batidora contra el metal resonó en la cocina. Con el cuenco bajo el brazo, mezclé la mantequilla con la harina que había vertido en otro recipiente previamente. Aquello me proporcionó la misma sensación de paz profunda de siempre.

La noche era como una cálida manta alrededor de la vieja casa, algo que me mantenía sana y salva en el vasto silencio que inundaba la cocina.

Tenía la carta arrugada extendida sobre la encimera, a mi lado mientras cocinaba. De vez en cuando la miraba, disfrutando de su presencia. Tenía que haberla leído casi un millón de veces desde que la vi en el archivador que me había entregado el abogado hacía dos meses. Pero seguía dándole vueltas al asunto, no podía dejar de preguntarme por qué ahora.

¿Por qué no me lo había cuestionado antes?

«Cuando te marchaste, me dijiste que yo era la única persona en la que podías confiar. Tu corazón roto hizo que el mío se rompiera también esa noche. ¿No resulta irónico cómo resulta todo? Porque no importa cuántos años hayan pasado: al final, tú eres la única en la que confío.

Sé que estás asustada y que dudas de mis intenciones. Pero te pido que confíes en mí una última vez. Construí una vida dentro de estas paredes, y puse en ella todo mi corazón. Quizá no te diste cuenta, pero durante todo el tiempo estuve trabajando para poder entregártela algún día. Ahora es asunto tuyo darle vida, Corinne Paisley.

Te acompañaré en cada paso del camino...».

Se me encogió el corazón cuando lo atravesó una oleada de dolor y amor. Noté el peso de su espíritu bailando a mi alrededor. Un estímulo suave y tierno. Que era justo lo que ella me había proporcionado siempre. Estaba allí conmigo, brillando ante todas las dudas que todavía tenía.

—Tengo miedo, abuela. No estoy segura de que pueda hacer esto sin ti, pero te prometo que voy a intentarlo. Voy a hacer lo que sea necesario para que te sientas orgullosa.

Pegué un respingo cuando sonó el horno, avisándome de que había alcanzado la temperatura adecuada. Quizá estaba dejando que la casa me hiciera sentir demasiadas emociones.

Dejé el bol a un lado y rebusqué en la bolsa el extracto de almendra. «Extracto de almendra». Estaba segura de que lo había comprado en el supermercado por la tarde. Pero el extracto de almendra no estaba allí. Fruncí el ceño, irritada. La frustración me inundó.

«¡Maldición!».

Era la primera tarta que hacía y ya me iba a salir mal. Era uno de esos ingredientes prescindibles, pero si no lo usaba no sería lo mismo. Miré a mi alrededor, hasta centrar la atención en la despensa.

—Abuela, vamos a ver qué guardas aquí —murmuré por lo bajo, abriendo la puerta y rebuscando entre los artículos que aún quedaban allí—. ¡Ajá! —grité victoriosa mientras sostenía la botellita con extracto de almendra en la mano.

La victoria fue efímera; había caducado hacía tres años.

—¡Maldición! —repetí de nuevo, ahora en voz alta. Lancé la botellita al cubo de la basura justo antes de que percibiera de reojo un sobre blanco al lado de la pared, en un estante de la despensa. Como un compañero olvidado de todas las especias y extractos caducados. Una muestra del pasado.

Me inundó una inquieta y ansiosa aprensión mientras me acercaba muy despacio. Me sentía como si estuviera a punto de descubrir un secreto. Como si tuviera una especie de misión prohibida.

Era una tontería, lo sabía, pero me temblaban los dedos cuando estiré el brazo para cogerlo, aunque el papel se había quedado un poco pegado a la pared de la despensa.

La ansiedad creció, noté un nudo en la garganta y se me revolvió el estómago.

Vi en el sobre mi nombre escrito con una letra familiar, producto de una mano temblorosa.

—¡Oh, Dios! —Me inundó la pena, pero sonreí entre las lágrimas que nublaron mis ojos de repente mientras abría el sobre. Era

evidente que lo habían dejado allí con la convicción de que algún día la encontraría, y eso me hacía sentir bien.

Saqué la carta y la leí con rapidez.

«Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos».

Mi espíritu se inundó de amor, y me aferré al recuerdo de esta mujer increíble que siempre había percibido el mundo como si fuera la cúspide de algo mágico. Para ella, los tiempos difíciles no eran más que un peldaño que nos impulsaba a llegar a donde se suponía que debíamos estar.

Di un paso atrás cuando noté movimiento más allá de la ventana de la cocina. Una luz acababa de parpadear al otro lado de la calle. Avancé lentamente con el suelo crujiendo bajo mis pasos hasta la ventana. Retiré el borde de la cortina de encaje para echar un vistazo, sin tener claro si me sentía culpable por hacerlo o si, de alguna manera, era mi deber.

Porque esa vez no cabía duda: estaba espionando.

Era incapaz de mirar a otro lado.

Y tampoco quería hacerlo.

Él ocupaba casi la totalidad de la ventana de su cocina. Su pelo, que era castaño dorado y lo llevaba un poco largo por la parte superior, estaba completamente despeinado y salía disparado en todas las direcciones. Como si hubiera estado revolcándose en la cama, librando una guerra que no entendía. No podía distinguir su expresión, porque había hundido la cabeza entre los hombros —era probable que hubiera apoyado las manos en la encimera para sostenerse—, pero eso no significaba que no percibiera con claridad que peleaba contra los demonios que lo atormentaban.

—Mierda... —susurré, apretando la nota en la mano mientras libraba mi propia batalla. Todas las que había luchado en este pueblo las había perdido. Recordarlas me dejó paralizada, inquieta, aunque me infundía coraje la fuerza que había encontrado con los años.

Eché de nuevo un vistazo a la carta.

Y elegí arriesgarme.

Antes de que pudiera pensármelo dos veces, atravesé el arco que separaba la cocina del anticuado salón y me puse las sandalias que había dejado junto a la puerta. Luego salí a la bochornosa noche de Alabama, donde el aire resultaba embriagador por su olor a madre-selva y hierba recién cortada. La luna, que permanecía enorme en lo alto, arrojaba sobre las casas y los árboles dormidos un resplandor plateado, y el constante trino de las cigarras flotaba en el ambiente.

Me sentí como si hubiera regresado a mi infancia. Recordé las noches que había pasado en el porche con mi abuela, mirando las estrellas, que parecían tan cercanas como si solo hubiera que alargar la mano para tocarlas.

Respiré hondo y me moví con la mayor ligereza posible. Aun así, mis pies hicieron crujir la grava del camino, así que me detuve para coger valor y atravesar la calle. Luego crucé en silencio hasta la acera.

Subí los peldaños con cuidado, con la mano en la barandilla, como si esta me ofreciera apoyo moral, y atravesé la terraza. Me detuve ante la puerta con el corazón me palpitaba en el pecho con el fervor de una tormenta.

«¿Qué estoy haciendo?».

Era una locura.

Este tipo me odiaba sin razón aparente.

Aun así, levanté la mano y golpeé con el puño la puerta. Temblaba cuando giró el pestillo y se abrió la puerta de golpe. Una vez más, me encontré delante de la misma furia sin justificación. Aunque me resultó más difícil de soportar.

Todo.

Su ceño fruncido, su mirada, cada arista gloriosamente definida de su cuerpo.

«¡Oh-Dios-mío!».

No pude evitar de ninguna manera que mi mirada bajara y estudiara la amplia extensión de carne expuesta. No llevaba camiseta; de hecho, solo le cubrían unos *boxers*.

Tragué saliva. Me vi atrapada por una estúpida atracción, húmeda, cálida y pegajosa. Que me hacía arder por dentro y me debilitaba las rodillas.

Clavé los ojos en el tatuaje que le recorría el brazo izquierdo. Era un paisaje de un acantilado irregular con una cascada a un lado.

Las salpicaduras que se elevaban desde el estanque eran plumas brillantes y coloridas que flotaban y se retorcían como si bailaran con la brisa. Tristeza y esperanza quedaban claramente plasmadas en la representación.

—¿Qué quieres?

La severidad de su voz resonó en la noche, haciéndome salir de mi estupor. Concentré mi atención en su rostro. Por supuesto, era tan llamativo como el resto de él. Igual de poderoso y dominante.

Di un paso atrás con un estremecimiento. ¡Oh, guau...! Sí, había sido una estúpida. Una maldita estúpida. Aun así, alcé la barbilla.

—Solo quería... —Busqué una excusa para estar frente a su puerta a la una de la madrugada—. ¿Tienes extracto de almendra?

Inclinó la cabeza a un lado, y si fuera posible, entrecerró todavía más los ojos.

—¿Tengo pinta de tener en casa extracto de almendra?

—Mmm... —Vacilé.

«Genial..., ahora me he convertido en una llorona».

Ese hombre me hacía perder el control. Era muy diferente a los chicos con los que acostumbraba a salir en San Francisco.

Era más duro.

Más basto y salvaje.

Más peligrosamente guapo de lo que ningún hombre tenía derecho a ser.

Pero además era... diferente.

Había algo en Rex Gunner que lo hacía único.

Ardiente en su oscuridad.

Cálido en su frialdad.

—Es que... —Señalé mi casa, al otro lado de la calle, con un gesto—. Estaba haciendo tarta de cereza según la receta de mi abuela y me he dado cuenta de que me faltaba extracto de almendra, así que cuando he visto la luz encendida, he pensado que podía aprovechar la oportunidad para preguntarte...

«Todos los momentos importan, aunque rara vez sabemos lo importantes que son hasta que ya ha pasado la oportunidad de actuar sobre ellos».

¿Era este uno de esos momentos que importaban?

¿Y por qué sentía que debía aprovechar esta oportunidad?